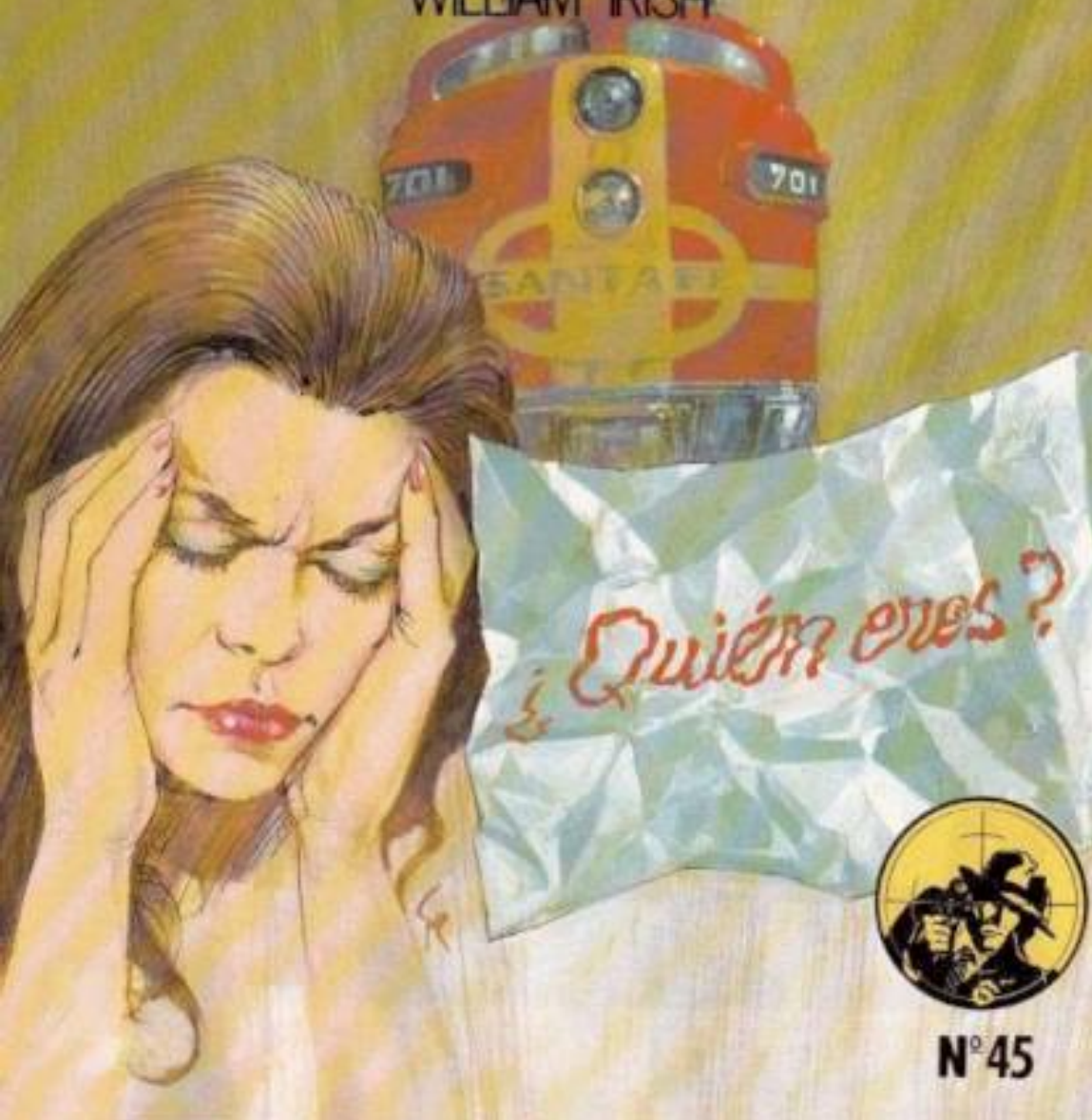


# CÍRCULO DEL CRIMEN

ME CASE CON UN MUERTO

WILLIAM IRISH



Nº 45

Cuando Helen decidió aprovechar la oportunidad que se le presentaba y adoptar una personalidad que no era la suya para librarse de la soledad y la miseria, no sabía que iba a verse inmersa en una pesadilla sin final. Nada podría sacarla de ella, no había solución y siempre se vería perseguida por aquella sombra que amenazaba con destruir su vida.

**SON** las noches de estío en Caulfield. Huelen  
**TAN** a heliotropo y jazmín, a madreselva y tré-  
**AGRADABLES** bol. Las estrellas son aquí cálidas y amis-  
tosas, no frías y distantes, como en el lugar de donde vine;  
parecen pender sobre nosotros, estar más cerca de noso-  
tros. La brisa que agita las cortinas en las ventanas abiertas  
es suave y dulce como el beso de un bebé. Y si uno escu-  
cha, puede oírse el ruido de las hojas de los árboles al dar-  
se vuelta para seguir durmiendo. La luz de las lámparas que  
sale del interior de las casas cae sobre el césped en largas  
láminas doradas. He ahí la tranquilidad, el sosiego de la  
paz y la seguridad perfectas. Oh, sí, en Caulfield las noches  
de estío son agradables.

Pero no para nosotros.

También lo son las noches invernales. Las noches de  
otoño, las noches de primavera. No para nosotros, no para  
nosotros.

La casa en que vivimos en Caulfield es tan agradable. El  
tono verdeazul de su césped, que siempre, a cualquier hora  
del día, parece acabado de regar. Las refulgentes, agitadas  
ruedas de los aspersores en perpetuo movimiento, girando  
constantemente; si se los mira desde bastante cerca forma-  
rán arcos iris para nosotros. La perfecta, pronunciada curva  
de la entrada de autos. La deslumbrante blancura de los pi-  
lares del porche a la luz del sol. Dentro, la pura simetría de  
la barandilla descendente, que corre pareja con la oscura y  
lustrosa escalera a la que acompaña desde arriba hasta  
abajo. El brillante acabado de los ricos pisos de antaño,  
que despiden un olor a cera y esencia de limón si uno se

para a oler. La blandura de las espesas alfombras. En casi todas las habitaciones, algún sillón favorito esperando para recibirlo a uno como un viejo amigo cuando se retorna para pasar un poco de tiempo en su compañía. La gente que viene y lo ve dice:

—¿Qué más puede haber? Este es un hogar, como el hogar debería ser.

Sí, la casa en que vivimos en Caulfield es tan agradable.

Pero no para nosotros.

Es tan adorable ver cómo crece nuestro niño, nuestro Hugh, de él y mío, aquí, en Caulfield. En la casa que algún día será de él, en la ciudad que un día será la suya.

Verle dar los vacilantes primeros pasos, que equivalen a... ya anda. Estar al acecho y saborear cada palabra de nuevo cuño que sale farfullada por sus labios..., que equivale a: aprendió otra, ya habla.

Pero, en cierto modo, ni siquiera eso es para nosotros. Hasta eso parece hurtado, robado, de un modo indefinido que yo no sé expresar. Algo a lo que no tenemos derecho, que no es legalmente nuestro.

Lo amo tanto. Es a Bill a quien me refiero ahora, el hombre. Y él me ama.

Yo sé que le amo, yo sé que él me ama, no me cabe duda. Sin embargo, sé también que tal vez este año, o el próximo, de pronto un día recogerá sus cosas y se marchará, dejándome. Aunque él no quiera. Aunque él me siga amando, tanto como me ama el día en que escribo esto.

O, si no lo hace él, seré yo entonces. Tomaré mi maleta y cruzaré la puerta, para no volver. Aunque yo no quiera. Aunque yo le ame todavía, tanto como el día en que escribo esto. Dejaré mi casa tras de mí. Dejaré mi hijo tras de mí, en la casa que algún día será suya, y dejaré mi corazón atrás, con el hombre a quien pertenece (¿cómo podría llevármelo conmigo?), pero yo me iré y no regresaré jamás.

Ambos lo hemos combatido. Cuán acerbamente lo hemos combatido, en todas las formas por nosotros conoci-

das. De todos los modos posibles. Lo hemos alejado, mil veces lo hemos alejado, y de nuevo vuelve en una mirada, una palabra, un pensamiento. Está ahí mismo.

De nada me sirve decirle:

—Tú no hiciste aquello. Ya me lo dijiste una vez. Basta que me lo hayas dicho una vez. No es necesario repetirlo de nuevo ahora, a estas alturas. Yo sé que no lo hiciste. Oh, querido mío, Bill mío, tú no mientes. Tú no mientes, en cuanto se trata de dinero, de honor, de amor...

(Pero éste no es un asunto de dinero, de honor o de amor. Esta es una cosa aparte. Esto es crimen.)

De nada sirve, puesto que no le creo. En el momento que él habla, puede ser que sí. Pero luego, una hora, un día o una semana después, vuelvo a no creerlo. De nada sirve, pues no vivimos sólo el término de un instante, es imposible. Los otros instantes siguen; las horas, semanas, y, ¡oh, Dios!, los años siguen.

Cada vez que él habla, lo que yo sé es que no fui yo. Eso es todo lo que yo sé. Muy bien, demasiado bien lo sé. De modo que sólo queda...

Y cada vez, cuando yo hablo, quizá él sabe que no fue él (pero yo no puedo saberlo, no; no hay para él manera de decírmelo). Lo sabe él tan bien, tan bien. De modo que sólo queda...

De nada sirve, en absoluto.

**UNA NOCHE** me postré ante él, con el niño entre nosotros. Sobre mis rodillas hincadas. Puse mi **HACE** mano sobre la cabeza de la criatura y allí mismo se lo **SEIS MESES** juré. Hablando bajo, para que el niño no entendiera:

—Por mi hijo. Bill, te juro sobre la cabeza de mi hijo que yo no lo hice. ¡Oh, Bill, yo no lo hice!...

Me levantó, me sostuvo en sus brazos, y me estrechó contra él.

—Yo sé que tú no lo hiciste. Lo sé. ¿Qué más puedo decirte? ¿De qué otra forma puedo decírtelo? Ven, Patrice, reclínate contra mi corazón. Tal vez pueda él decírtelo mejor que yo... Escúchalo. ¿No te das cuenta de que él te cree?

Y por un momento sí, ese momento de nuestro amor. Pero luego viene el otro momento, el que siempre sigue al anterior. Y él ha pensado ya: «Pero yo sé que no fui yo. Sé muy bien que no fui yo. De modo que sólo queda...»

Y hasta mientras sus brazos me estrechan aún más, y sus labios besan mis ojos humedecidos, vuelve a dudar. Ya vuelve a dudar.

No hay escapatoria. Estamos apresados, estamos atrapados. El círculo se cierra por sí mismo traicioneramente, cada vez más, y nosotros estamos dentro, no podemos salir. Pues si él es inocente, entonces tengo que haber sido yo. Y si no lo soy yo, tiene que haber sido él. Pero yo sé que soy inocente. (Aunque él puede que sepa que él también lo es.) No hay escapatoria.

O, cansados de tratar de alejarlo, volvemos a caer en eso con desesperado abandono, tratamos de afrontarlo, de terminar con eso de una vez por todas.

Cierta vez, incapaces de soportar más su interminable, invisible, fantasmal vigilia sobre nuestros hombros, él se levantó súbitamente del sillón en que había estado sentado, aunque nada nos habíamos dicho hacía una hora. Arrojó lejos de sí el libro que estaba leyendo, o fingía leer, como si fuera una piedra. Se levantó furioso como si se aprestara a luchar contra algo que hubiera visto frente a él. Y mi corazón se agitó al unísono.

Corrió hasta el extremo de la habitación y quedó allí, a la defensiva. Cerró el puño, levantó el brazo, y lo descargó con un golpe atronador contra la puerta, de tal modo que gracias al espesor de la madera no se hizo astillas. Luego se volvió en su impotente agresividad y exclamó:

—¡No me importa! ¡No me importa! ¿Me oyes? ¡No importa! Otros lo han hecho antes. Muchas veces. Y siguieron

gozando después su felicidad. ¿Por qué no nosotros? Él no era nada recomendable. Aquello era lo que se merecía. No valía un comino. Todo el mundo lo dijo entonces, y aún lo sigue diciendo. No vale un solo minuto de este infierno que hemos estado soportando.

Luego sirvió una copa para cada uno, pródigamente, atolondradamente, y con ellas se dirigió hacia donde yo estaba. Y yo, comprendiendo, accediendo, de acuerdo con él, me levanté y fui a esperarlo a mitad de camino.

—Vamos, toma esto. Bebe. Ahógallo. Hasta que desaparezca. Uno de nosotros lo hizo. No importa. Se terminó. Ahora sigamos nuestra vida.

Y golpeándose el pecho:

—Y bien, yo lo hice. Ea. Yo fui el que lo hizo. Ahora está arreglado. Por fin se ha terminado...

Y de pronto nuestros ojos se miraron fijamente, nuestros vasos se detuvieron a mitad de camino, bajaron, y otra vez estaba allí.

—Pero tú no lo crees —susurré, desalentada.

—Y tú sí —murmuró, agobiado.

¡Oh, está en todo, en todas partes!

**EMPRENDEMOS** y está dondequiera que vamos. Está  
**UN** en las azules profundidades del lago  
**VIAJE** Louise, y arriba en las aborregadas  
nubes sobre Biscayne Bay. Da vueltas incesantemente con las olas en Santa Bárbara, y acecha entre las rocas de coral de las Bermudas, una flor más oscura que las demás.

Regresamos, y también está en el lugar al que volvemos.

Está entre las líneas impresas de los libros que leemos. Pero aparece más negro, y las líneas se desvanecen hasta resultar ilegibles. «Ahora, mientras leo, ¿está pensando él en eso? ¿Como yo? ¡No lo miraré, mantendré la vista en esto, pero... ¿está pensando él en eso?».

Es la mano que se extiende con la taza de café a través de la mesa del desayuno por las mañanas, para que se vierta la cafetera en ella. Rojo sangre por un momento en la fantasía, luego pálido de nuevo, como debe ser. O quizá, al otro lado, es la otra mano enfrente de uno, la que inclina la cafetera; depende del lado de la mesa en que el espectador esté sentado.

Yo vi sus ojos fijos en mi mano una vez, y me di cuenta de lo que él pensaba en ese instante. Porque yo había mirado su mano en una forma muy similar el día anterior, y había estado pensando entonces lo que él pensaba ahora.

Le vi cerrar los ojos un momento, para borrar la perversa ilusión; y yo cerré los míos para disipar el recuerdo que los de él me habían transmitido. Luego ambos los abrimos, y nos sonreímos uno al otro, para decirnos que nada había pasado.

Está en las películas que vemos en la pantalla del cinematógrafo. «Salgamos de aquí, estoy cansado de esto; ¿no te sucede lo mismo?» (Muy pronto alguien va a dar muerte a alguien, y él sabe que va a suceder.) Pero aunque nos levantamos y salimos, ya es demasiado tarde, porque él sabe por qué salimos, y yo también. Y aunque yo no lo hubiera sabido hasta ese instante, esto —el hecho mismo de nuestra salida— me lo habría dicho. De modo que la precaución era, después de todo, inútil. Está otra vez en nuestro pensamiento.

No obstante, es mejor ir que quedarse.

Recuerdo una noche que se produjo demasiado rápidamente, antes de que pudiéramos preverlo, con menos advertencia.

No pudimos salir a tiempo. Estábamos aún por el pasillo, de espaldas a la pantalla, cuando de pronto sonó un disparo, y luego una voz gimió acusadora: «Me has..., me has matado».

Me pareció su voz, y que nos hablaba a nosotros, a uno de nosotros. Entonces me pareció que todas las cabezas



del público se daban vuelta, para mirar en nuestra dirección, para clavar la vista en nosotros, con esa definida curiosidad de la gran multitud cuando alguien le es señalado.

Por un instante, las piernas parecieron negarse a dar un paso más. Me quedé tambaleándome durante un minuto como si fuera a desplomarme sobre la alfombra del pasillo. Me volví para mirarlo y vi, inequívocamente, que su cabeza se había abatido, que estaba resguardada entre sus hombros. Siempre la había llevado tan erguida. Un momento después la llevaba alta, pero en aquel instante no había sido así, la había tenido agachada.

Entonces, como si sintiera que lo necesitaba, quizás porque él me necesitaba, puso su brazo en torno de mi cintura, y de ese modo me sostuvo a lo largo del pasillo, calmándome, prometiéndome apoyo más bien que prestándomelo en ese instante.

En el vestíbulo, nuestras caras estaban como la cal. No nos miramos, los espejos nos lo dijeron.

Nunca bebemos. Sabemos bastante para no hacerlo. Creo que presentimos que eso, en vez de cerrar la puerta de la conciencia, sólo serviría para abrirla de par en par a todo el horror. Pero aquella noche en particular, recuerdo que cuando llegamos afuera, me dijo:

—¿Quieres algo?

No dijo «beber»; sólo «algo». Pero comprendí lo que ese «algo» quería decir.

—Sí —dije estremeciéndome.

Ni siquiera esperamos a llegar a casa; hubiéramos tardado demasiado. Entramos en un lugar al lado del cine, nos detuvimos un momento arrimados al mostrador, los dos, y sin más tomamos algo de un trago. En tres minutos estuvimos de nuevo afuera. Luego subimos al coche y nos dirigimos a casa. Durante el trayecto no nos dijimos ni una sola palabra.

Está en el mismo beso que nos damos. De un modo u otro lo atrapamos entre nuestros propios labios. (¿Lo beso

yo demasiado fuerte? ¿Creerá él por eso que yo le he perdonado, de nuevo, entonces? ¿Lo he besado demasiado levemente? ¿Creerá él por eso que yo estaba pensando de nuevo en aquello?).

Está en todas partes, siempre, eso es nosotros.

No sé cuál fue el juego. Sólo sé su nombre; le llaman vida.

No estoy segura de cómo debe jugarse. Nadie me lo dijo jamás. Nadie se lo dice jamás a nadie. Lo único que sé es que nosotros debimos haber jugado mal. Hemos quebrantado una u otra regla, sin que nos diéramos cuenta en el momento.

No sé lo que hay en juego. Lo que sé es que hemos perdido nuestro derecho, no es para nosotros.

Hemos perdido. Eso es todo lo que sé. Hemos perdido hemos perdido.

# 1

---

**LA PUERTA ESTABA CERRADA.** Tenía toda ella un aspecto de despiadada conclusión, como si fuera a quedar así cerrada para siempre de entonces en adelante. Como si nadie en el mundo jamás pudiera abrirla de nuevo. Las puertas pueden expresar cosas. Esta lo hacía. Estaba inerte, estaba sin vida; no daba a ninguna parte. No era el comienzo de algo, como deben serlo las puertas. Era el final de algo.

Sobre el botón del timbre había un pequeño marco oblongo, de metal, sujeto a la madera, para colocar en él la tarjeta con el nombre del inquilino. Estaba vacío. La tarjeta había desaparecido.

La muchacha estaba de pie, inmóvil, frente a la puerta. Completamente inmóvil. En la forma en que uno queda cuando se ha estado así durante mucho tiempo; tanto tiempo que ya se olvida de hacer un movimiento, se ha acostumbrado a no moverse. Su dedo estaba en el botón, pero ya no lo apretaba. No hacía ninguna presión; ningún sonido provenía de la batería del otro lado del marco. Era como si habiéndolo tenido así tanto tiempo también se hubiera olvidado de apartarlo de allí.

Tenía unos diecinueve años. Unos tristes y desilusionados diecinueve, sin uno solo alegre, resplandeciente. Sus rasgos eran finos y bien modelados, pero había algo demasiado opresor en su rostro, demasiado pálido en su color, demasiado fino en sus mejillas. La belleza estaba allí, implí-

cita, pronta a adueñarse de su rostro si se le dejaba, pero algo la había hecho alejarse, la mantenía a distancia, rondando, incapaz de aparecer en la plenitud a que estaba destinada.

Su cabello era avellanado, y flojo y caído, como si ningún cuidado le hubiera sido prestado desde un tiempo atrás. Los tacones de sus zapatos estaban un poco gastados. Su ropa era funcional, como si fuera usada sólo para cubrir, y no por moda, o por atraer. Era de buena estatura para ser muchacha, uno sesenta y cinco o setenta. Pero estaba demasiado delgada, excepto en una parte.

Su cabeza estaba un poco inclinada, como si se hubiera cansado de llevarla erguida. O como si invisibles golpes la hubieran, uno a uno, abatido.

Se movió al fin. Un fin prolongado. Su mano cayó del botón, como por efecto de su propio peso. Cayó a su flanco, colgó allí, abandonada. Un pie se dio vuelta, como para marcharse. Hubo una espera. Luego el otro se volvió también. Su espalda daba ahora a la puerta. La puerta que no se abría. La puerta que era un epitafio, la puerta que era conclusión.

Se apartó un paso lento. Luego otro. Su cabeza estaba ahora más abatida que nunca. Se apartó de allí lentamente, y dejó la puerta tras de sí. Su sombra fue la última parte de ella en marcharse. Se arrastró lentamente tras de ella, proyectada contra la pared. Su cabeza también estaba un poco inclinada; también era demasiado delgada, también estaba abandonada. Se quedó proyectada un momento, después de haberse ido ella misma. Luego se deslizó por la pared siguiéndola, y también se fue.

Nada quedó allí más que la puerta. Esta permaneció silenciosa, obturada, cerrada.

## 2

---

**EN LA** ella estaba de nuevo inmóvil. Tan inmóvil  
**CABINA** como antes. Una cabina telefónica cuyas  
**TELEFÓNICA** llamadas debían ser pagadas, la puerta  
dejada abierta a fin de disponer de suficiente aire para res-  
pirar. Cuando uno se encierra algo más de unos momentos  
en ellas, se tornan sofocantes. Y ella hacía más de unos mo-  
mentos que estaba en ésta.

Era como una muñeca colocada de pie en su caja, y con un lado de la caja dejado abierto, para que se pudiera ver el contenido. Una muñeca gastada. Una muñeca sobrante, rebajada de precio, sin brillantes cintas o vestido de seda. Una muñeca sin donante ni destinatario. Una muñeca que nadie se molesta en reclamar.

Permanecía callada, aunque aquel sitio se había hecho para hablar. Ella esperaba oír algo, algo que jamás se produjo. Sostenía el auricular en dirección a su oído, y seguramente había estado antes pegado a él, en ángulo recto con él, como deben estar los auriculares. Pero eso había sido mucho antes. Con el transcurso de largos desilusionadores minutos había descendido más y más, hasta encontrarse sobre el hombro, pegado allí, pegado allí desconsolado, derrotado, como alguna especie de orquídea, fea, negra, de goma sólida, usada como adorno.

El anónimo silencio se convirtió por fin en voz. Pero no la que ella quería, no la que ella esperaba.

—Lo siento, pero ya se lo dije. De nada le sirve esperar al teléfono. Ese número se dio de baja, y no puedo darle otra información.

Su mano se deslizó desde el hombro, llevando el auricular con ella, y cayó muerta, en su falda. Como para hacer juego con algo dentro de ella que había muerto, por la forma concluyente en que había caído sin moverse más.

Pero, algunas veces, la vida no concede una decorosa dignidad ni a sus epitafios.

—¿Podría usted devolverme mi níquel —susurró—. Por favor. No obtuve comunicación, y es... el último que me queda.

# 3

---

**SUBIÓ** de habitaciones amuebladas como un títere manejado con hilos flojos. Una  
**LAS ESCALERAS** lámpara sujeta a la pared, colgada boca  
**DE LA CASA** hacia abajo, como un tulipán marchito en su pantalla de vidrio festoneado en forma de campana, arrojaba un humoso resplandor amarillento. Una tira de alfombra semejaba materias vegetales en descomposición, todo resto de dibujo, todo resto de color, borrados hacía tiempo, adherían al centro de la escalera como una especie de incrustación de polen o de hongos. El olor concordaba con el aspecto visual. Ascendió tres tramos, y luego giró hacia la parte trasera.

Se detuvo, en la última puerta, y extrajo una larga llave de hierro. Luego miró hacia abajo hasta el pie de la puerta. Frente a su pie había un triángulo blanco que asomaba por la rendija. Se convirtió en un sobre al girar la puerta sobre él.

Alargó el brazo en la oscuridad, pasó la mano por la pared al lado de la puerta, y se encendió una luz. Alumbraba muy poco. Era muy poco lo que tenía que alumbrar.

Cerró la puerta y recogió el sobre. Estaba con el lado de la dirección hacia abajo. Ella le dio vuelta. Su mano tembló un poco. Su corazón también.

Tenía escrito, en trazos apresurados, descuidados, a lápiz, sólo esto:

«Helen Georgesson.»